

COLLEEN HOOVER

9 DE NOVIEMBRE

Traducción de Lara Agnelli

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *November 9*

© Colleen Hoover, 2015

Todos los derechos reservados

Edición publicada de acuerdo con la editorial original, Atria Books, un sello de Simon & Schuster, Inc

© por la traducción, Lara Agnelli, 2024

Composición: Realización Planeta

© 2024, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: abril de 2024

ISBN: 978-84-08-28702-5

Primera edición en formato epub en México: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1296-9

Primera edición impresa en México: abril de 2024

ISBN: 978-607-39-1289-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

FALLON

Me pregunto qué ruido haría el cristal si le tirara el vaso a la cabeza.

Es un cristal grueso y él tiene la cabeza dura, por lo que no es descartable la posibilidad de un buen PATAM.

Me pregunto si sangraría. Hay servilletas en la mesa, pero no son de las buenas, de las que empapan bien la sangre.

—Así que, bueno, estoy un poco sorprendido, pero así son las cosas —me dice.

Al oír su voz, agarro el vaso con más fuerza para que no salga disparado y le parta la cara.

—¿Fallon? —Se aclara la garganta y trata de suavizar sus palabras, pero igualmente se me clavan como puñales—. ¿Piensas decir algo?

Apuñalo la parte hueca de un cubito de hielo con el popote, imaginándome que es su cabeza.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —refunfuño, lo que me hace parecer una niña malcriada en vez de la adulta que soy a mis dieciocho años—. ¿Quieres que te felicite?

Me echo hacia atrás hasta que mi espalda choca con la banca y me cruzo de brazos. Lo miro preguntándome si el

arrepentimiento que leo en sus ojos se debe a que le duele decepcionarme o si está actuando una vez más.

No han pasado más de cinco minutos desde que se ha sentado, pero le ha dado tiempo a convertir el asiento en un escenario. Y de nuevo, me obliga a ser su público.

Tamborilea en la taza de café mientras me observa en silencio durante unos instantes.

Taptaptap.

Taptaptap.

Taptaptap.

Está convencido de que acabaré rindiéndome y diciéndole lo que quiere oír. No ha pasado conmigo el tiempo suficiente durante estos últimos dos años y no se da cuenta de que ya no soy la niña que recuerda.

Al comprobar que no reacciono ante su actuación, apoya los codos en la mesa, suspirando.

—Bueno, pensaba que te alegrarías por mí.

Niego con la cabeza con brusquedad.

—¿Alegrarme por ti?

«No puede estar hablando en serio.»

Se encoge de hombros y una sonrisa petulante se superpone a su expresión, ya de por sí fastidiosa.

—No tenía previsto volver a ser padre.

Se me escapa una carcajada de incredulidad.

—Soltar esperma en la vagina de una chica de veinticuatro años no convierte a un hombre en padre —replico con cierta amargura.

Mis palabras le borran la sonrisa de la cara. Se echa hacia atrás y ladea la cabeza. Ladear la cabeza fue siempre su gesto favorito, al que recurría cuando no sabía cómo reaccionar delante de una cámara.

«Finge que te estás planteando algo muy profundo y podrás hacerlo pasar por prácticamente cualquier emoción: tristeza, introspección, arrepentimiento, compasión...»

No debe de recordar que fue mi profesor de interpretación durante buena parte de mi vida y que esta expresión fue una de las primeras que me enseñó.

—¿Crees que no tengo derecho a considerarme un padre? —Parece ofendido por mi respuesta—. Entonces ¿qué soy para ti?

Trato su pregunta como si fuera retórica y apuñalo otro trocito de hielo. Logro deslizarlo dentro del popote y sorbo hasta metérmelo en la boca, donde lo mastico ruidosamente. Dudo que espere que le responda. No ha sido un padre para mí desde la noche en que mi carrera de actriz se truncó de golpe cuando tenía dieciséis años. Y, para ser sincera, dudo que fuera un gran padre antes de esa noche. Nuestra relación se parecía más a la de un profesor de interpretación y su alumna.

Se lleva una mano a la frente y atraviesa con los dedos la línea de carísimos folículos capilares que se ha hecho implantar.

—¿Por qué actúas así? —Está cada vez más molesto por mi actitud—. ¿Sigues enojada porque no fui a tu graduación? Ya te dije que tenía un compromiso ese día.

—No —respondo tranquilamente—. No te invité a mi graduación.

Él se echa hacia atrás y me mira con incredulidad.

—¿Por qué no?

—Porque solo tenía cuatro entradas.

—¿Y? Soy tu padre. ¿Por qué demonios no ibas a invitarme a tu graduación?

—Porque no habrías venido.

—Eso no lo sabes.

—No viniste.

—Pues claro que no fui, Fallon —replica poniendo los ojos en blanco—. No estaba invitado.

Suelto un suspiro hondo.

—Eres imposible. Ahora entiendo por qué te dejó mamá.

Él niega ligeramente con la cabeza.

—Tu madre me dejó porque me acosté con su mejor amiga; mi personalidad no tuvo nada que ver.

Ni siquiera sé cómo responder a eso. Este hombre no sabe lo que son los remordimientos. Lo odio por ello, aunque al mismo tiempo me da mucha envidia. En parte, me gustaría parecerme más a él y menos a mi madre. Por lo visto, él no es consciente de sus muchos defectos, mientras que los míos constituyen la espina dorsal de mi vida. Mis defectos me despiertan cada mañana y me mantienen en vela por las noches.

—¿Para quién era el salmón? —pregunta el mesero, que no ha podido llegar en mejor momento.

Levanto la mano y él me coloca el plato delante. La verdad es que se me ha quitado el hambre, así que me dedico a jugar con el arroz.

—Oye, un momento. —Alzo la cara hacia el mesero, pero veo que no se dirige a mí, sino que está mirando fijamente a mi padre—. Usted es...

«Ay, Dios. Ya estamos otra vez.»

El mesero da una palmada en la mesa y exclama:

—¡Sí es! ¡Es Donovan O’Neil! ¡Actuó como Max Epcott! Mi padre se encoge de hombros, fingiendo una modes-

tia que yo sé que no siente. Aunque lleva sin interpretar a Max Epcott desde que se canceló la serie hace diez años, él sigue reaccionando como si fuera el programa estrella de la programación televisiva. Y si actúa así es por la gente que lo reconoce. Se comportan como si nunca hubieran visto a un actor en persona. Pero es que ¡estamos en Los Ángeles, por el amor de Dios! ¡Aquí todo el mundo se dedica a la actuación!

Sigo con ganas de apuñalar algo, así que le clavo el tenedor al salmón, pero el mesero me interrumpe y me pide que les saque una foto juntos.

Suspiro.

Me levanto del asiento a regañadientes. Él trata de darme su teléfono, pero yo levanto la mano y lo esquivo.

—Tengo que ir al baño —murmuro alejándome de la mesa—. Se pueden tomar una selfi. Le encantan las selfis.

Me apresuro a entrar en el baño para descansar un poco de la presencia de mi padre. No sé por qué le he pedido que nos viéramos. Supongo que porque estoy a punto de mudarme y no sé cuándo volveré a verlo, pero no me parece una razón lo bastante poderosa para someterme a esta tortura.

Abro la puerta del primer cubículo. Cierro con pasador, saco un protector de asientos del dispensador y lo coloco sobre la taza del baño.

Una vez leí un estudio sobre las bacterias en los baños públicos. Resultó que donde menos había era siempre en el primer cubículo. La gente suponía que era el más usado y pasaba de largo. Pero yo no; yo solo uso el primero.

Antes no era tan maniática con las bacterias, pero, tras

pasar dos meses en el hospital a los dieciséis años, me volví un poco obsesivo-compulsiva sobre el tema de la higiene.

Cuando acabo de usar el baño, me paso al menos un minuto lavándome las manos. Durante todo este tiempo, me miro las manos porque no quiero verme en el espejo. Cada vez me resulta más fácil evitar mi reflejo, pero, de todas formas, al alargar el brazo para tomar una toalla de papel, me veo de reojo. Da igual las veces que me vea, no logro acostumbrarme a la imagen que me devuelve el espejo.

Me llevo la mano a la cara y acaricio las cicatrices que me recorren el lado izquierdo, descendiendo hacia la mandíbula y el cuello, donde desaparecen de la vista bajo la camiseta, aunque siguen ahí. Me recorren todo el lado izquierdo del torso y se detienen justo encima de la cintura. Me paso los dedos sobre la superficie de piel que ahora parece cuero fruncido, sobre las cicatrices que me recuerdan constantemente que el fuego fue real y no una pesadilla de la que puedo despertar si me pellizco el brazo.

Después del incendio pasé varios meses vendada, sin poder tocarme buena parte del cuerpo. Ahora que las quemaduras están curadas y lo único que queda son las cicatrices, me paso muchas horas tocándolas de manera compulsiva. Son suaves, como de terciopelo elástico, y lo normal sería que su tacto me resultara tan repulsivo como su aspecto, pero, en vez de eso, me resulta agradable. Siempre me estoy acariciando el cuello o el brazo sin darme cuenta de lo que hago, leyendo las marcas de mi piel como si estuvieran escritas en braille, hasta que me doy cuenta y paro. No debería gustarme nada relacionado con el aconteci-

miento que me arrancó mi antigua vida de raíz, ni siquiera el tacto aterciopelado de las cicatrices.

Su aspecto es otro rollo. Es como si ahora todos mis defectos estuvieran cubiertos por mechas y reflejos de color rosa para llamar la atención de todo el mundo. Da igual lo mucho que me esfuerce en cubrir las cicatrices con el pelo o la ropa, siguen ahí. Siempre estarán ahí, un recordatorio permanente de la noche que destruyó las mejores partes de mí.

No soy muy dada a celebrar aniversarios o días especiales, pero, cuando me he despertado esta mañana, lo primero que me ha venido a la cabeza ha sido la fecha. Probablemente porque fue lo último en lo que pensé al acostarme anoche. Han pasado dos años desde que se declaró un incendio en casa de mi padre, uno que casi acabó con mi vida. Supongo que por eso quería que nos viéramos hoy. Tal vez esperaba que él se acordara, que me dijera algo que me hiciera sentir mejor. Sé que se ha disculpado un montón de veces, pero ¿cómo puedo perdonarle que se olvidara de mí?

Normalmente pasaba en su casa una noche a la semana como mucho, pero esa mañana le envié un mensaje para advertirle que me quedaría a dormir con él. Cualquiera pensaría que, al prender fuego a su casa de manera involuntaria mientras yo dormía, mi padre vendría a rescatarme. Pero no es solo que no viniera, es que se olvidó de que estaba allí. Y, por lo tanto, nadie supo que yo estaba en la casa hasta que me oyeron gritar desde el piso de arriba. Sé que él se siente culpable por lo que pasó. Durante semanas no paraba de disculparse cada vez que nos veíamos, pero luego sus disculpas se volvieron tan poco frecuentes como

sus visitas y sus llamadas de teléfono. El rencor que le guardo sigue ahí, demasiado reciente, aunque desearía que hubiera desaparecido. El incendio fue accidental. Sobreviví. Trato de concentrarme en esas dos cosas, pero es difícil, porque pienso en ello cada vez que me miro.

Y pienso en ello cada vez que alguien me mira.

Una mujer entra en el baño y, al verme, aparta la mirada rápidamente antes de meterse en el último cubículo.

«Debería haber elegido el primero, señora.»

Me vuelvo a mirar en el espejo. Solía llevar el cabello a la altura de los hombros con un flequillo atrevido, pero me ha crecido mucho en los últimos dos años. Y no por casualidad. Me peino con los dedos, haciendo que la cabellera oscura me tape el lado izquierdo de la cara. Me bajo la manga hasta la muñeca y estiro el escote para cubrir tanto cuello como puedo. De esta manera, las cicatrices casi no se ven y soy capaz de mirarme en el espejo.

Antes me consideraba bonita, pero ahora necesito el pelo y la ropa para esconderme.

Cuando oigo que jalan la cadena, salgo de los baños antes de que lo haga la señora. Hago lo que puedo por evitar a la gente, y no porque tenga miedo de que se me queden mirando. Los evito porque no me miran. En cuanto posan los ojos en mí, los apartan a toda velocidad, porque tienen miedo de parecer maleducados o intolerantes. Me gustaría que, al menos una vez, alguien me sostuviera la mirada. Hace demasiado tiempo que no me pasa. Odio admitir que echo de menos la atención que solía recibir, pero es la verdad.

Regreso a la mesa y compruebo, decepcionada, que mi padre sigue ahí. Esperaba que le hubiera surgido alguna

emergencia y se hubiera marchado mientras estaba en el baño.

Qué triste que me parezca preferible la idea de encontrarme con una mesa vacía que con mi propio padre. Al darme cuenta, estoy a punto de fruncir el ceño, pero me distraigo al fijarme en el tipo sentado a la mesa junto a la que estoy a punto de pasar.

Normalmente no observo a la gente, sobre todo teniendo en cuenta que ellos hacen lo posible por evitar el contacto visual. Sin embargo, este tipo me está dirigiendo una mirada intensa y llena de curiosidad.

Lo primero que me viene a la cabeza al verlo: «Lástima que no me lo encontrara hace dos años».

Es algo que pienso cada vez que me cruzo con tipos que podrían resultarme atractivos. Y este entra en esa categoría. Es lindo, pero no al estilo de Hollywood, como casi todos los que viven aquí. Esos son todos iguales, como si existiera un molde de actor de éxito y todos trataran de encajar en él.

Este tipo, en cambio, es todo lo contrario. Tiene una barba incipiente, pero no de esas simétricas y tan trabajadas que parecen una obra de arte. Esta barba es irregular, como si se hubiera pasado la noche trabajando y no le hubiera dado tiempo a afeitarse. Y lo mismo puede decirse del pelo. No lo lleva peinado con gel fijador para conseguir un look descuidado, como de alguien que acaba de levantarse de la cama. El pelo de este tipo está despeinado de verdad. Le caen mechones castaños sobre la frente, algunos de ellos muy erráticos y salvajes. Es como si hubiera quedado con alguien a una hora y, al ver que se había levantado tarde, no se hubiera molestado en mirarse al espejo.

Una apariencia tan descuidada debería echarme para atrás, pero eso es precisamente lo que me llama la atención. Este tipo no me parece egocéntrico en absoluto y, sin embargo, es uno de los hombres más atractivos que he visto en la vida.

«Creo.»

Aunque tal vez se trate de un efecto secundario de mi obsesión por la limpieza. Me gustaría tanto poder ir por el mundo con esa despreocupación que tal vez estoy confundiendo envidia por fascinación.

O tal vez me parece lindo porque es una de las pocas personas que no han apartado la mirada inmediatamente al verme.

Todavía tengo que pasar por su lado para llegar a mi mesa y no sé si acelerar el paso para quitarme su mirada de encima o si caminar a cámara lenta para empapar-me de su atención.

Cuando llego a su altura cambia de postura y su mirada empieza a incomodarme. Es demasiado invasiva. Me pica la piel cuando comienzo a ruborizarme, por lo que bajo la vista y dejo que el pelo me cubra buena parte de la cara. Incluso me meto un mechón en la boca para obstaculizar la visión. No sé por qué me resulta tan incómodo que me mire, pero es así. Hace un momento pensaba en lo mucho que echaba de menos que la gente me mirara, pero, ahora que está sucediendo, lo único que quiero es que deje de hacerlo.

Justo antes de que desaparezca de mi visión periférica, lo miro de reojo y veo un amago de sonrisa.

No debe de haberse fijado en mis cicatrices. No se me ocurre otra razón por la que un tipo como él me haya sonreído.

Uf. Odio pensar eso. Yo antes no era así. Solía ser una chica segura de sí misma, pero el fuego fundió toda mi autoestima. He tratado de recuperarla, pero es difícil creer que alguien pueda encontrarme atractiva cuando no soy capaz ni de mirarme al espejo.

—Nunca me canso —comenta mi padre mientras me siento.

Alzo la cara; casi me había olvidado de su presencia.

—¿De qué?

Él señala con el tenedor al mesero, que se encuentra en la caja registradora.

—De eso, de tener fans. —Se mete un trozo de comida en la boca y sigue hablando con la boca llena—. ¿Y bien? ¿De qué querías hablarme?

—¿Qué te hace pensar que quería hablarte de algo en particular?

Él señala la mesa.

—Estamos comiendo juntos. Es obvio que quieres contarme algo.

Es triste que nuestra relación se haya visto reducida a esto, a saber que una simple comida informal no puede deberse sencillamente a que una hija tenga ganas de ver a su padre.

—Me mudo a Nueva York mañana. Bueno, en realidad me voy esta noche, pero el vuelo sale tarde y cuando llegue a Nueva York ya será el día 10.

Él toma la servilleta para cubrirse la boca cuando le asalta un ataque de tos. Al menos creo que se trata de tos. No creo que se haya atragantado al oír mis novedades.

—¿Nueva York? —repite salpicando comida al hablar. Y luego... se echa a reír.

«Se está riendo.»

Como si la idea de que viva en Nueva York le pareciera una broma.

«No te alteres, Fallon. Tu padre es un imbécil, no es ninguna novedad.»

—Pero ¿qué demonios? ¿Por qué? ¿Qué hay en Nueva York? —va preguntando a medida que procesa la información—. No me digas que has conocido a alguien por internet, por favor.

Tengo el pulso disparado. ¿No podría fingir que apoya alguna de mis decisiones, aunque fuera por una vez?

—Necesito un cambio en mi vida. Había pensado presentarme a algún casting en Broadway.

Cuando tenía siete años, mi padre me llevó al teatro a ver *Cats*, en Broadway. Era mi primera visita a Nueva York y lo recuerdo como uno de los mejores viajes de mi vida. Él siempre me había animado a ser actriz, pero, hasta aquel momento, nunca le había hecho caso. Sin embargo, al ver la actuación en vivo, supe que tenía que serlo. Jamás pude debutar en el teatro, porque mi padre controló cada paso de mi carrera y él es más aficionado al cine. Durante los últimos dos años no he hecho nada bueno con mi vida. No sé si voy a tener el valor de presentarme a alguna audición, pero el mero hecho de mudarme a Nueva York ha sido una de las decisiones más importantes que he tomado desde el incendio.

Mi padre da un trago a su bebida y, cuando suelta el vaso en la mesa, deja caer los hombros mientras suspira.

—Mira, Fallon. Sé que echas de menos actuar, pero ¿no te parece que ha llegado el momento de probar otras cosas?

Sus motivaciones me importan tan poco a estas alturas que ni siquiera le reclamo la estupidez que acaba de soltar. Durante toda mi infancia no hizo otra cosa que molestar-me para que siguiera sus pasos, pero, tras el incendio, dejó de apoyarme de inmediato. No soy idiota. Sé que piensa que ya no tengo lo que se necesita para ser actriz, y una parte de mí está de acuerdo con él. Soy consciente del peso que tiene la imagen en Hollywood.

Pero es precisamente por eso por lo que quiero mudarme a Nueva York. Si quiero volver a actuar, el teatro es mi mejor opción.

Ojalá mi padre no fuera tan transparente. Mi madre se entusiasmó cuando le dije que quería mudarme. Tras la graduación me fui a vivir con Amber y apenas he salido de mi departamento. A mi madre no le agrada que me vaya lejos, pero se alegra de que al fin me haya decidido a cruzar los confines, no solo de mi departamento, sino también del estado de California.

Ojalá mi padre también se diera cuenta de lo trascendente que es el paso que he dado.

—¿Qué pasó con el trabajo de narradora? —me pregunta.

—Sigo con ello. Los audiolibros se graban en estudios y también tienen estudios en Nueva York.

Él pone los ojos en blanco.

—Por desgracia.

—¿Qué problema tienes con los audiolibros?

Me dirige una mirada incrédula.

—¿Aparte del hecho de que narrar audiolibros se considera lo más bajo en lo que puede caer un actor? Puedes aspirar a algo mejor, Fallon. Carajo, ve a la universidad o algo.

Se me cae el alma a los pies. Cuando pienso que no puede ser más egocéntrico, siempre me sorprende.

Deja de masticar y me mira al darse cuenta de lo que acaba de decir. Rápidamente se limpia la boca con la servilleta y me señala con el dedo.

—Sabes que no era eso lo que quería decir. No me refería a que solo puedas dedicarte a los audiolibros. Lo que quiero decir es que creo que puede irte mejor en otro tipo de actividad ahora que no puedes actuar. La narración no da dinero. Y Broadway tampoco, hablando en cuestiones monetarias.

Pronuncia «Broadway» como si fuera una palabra venenosa.

—Te recuerdo que hay muchos actores respetables que también se dedican a los audiolibros. ¿Y quieres que te haga una lista de los actores de primer nivel que actúan en Broadway? Tengo todo el día.

Mueve la cabeza en señal de rendición, aunque sé que no está de acuerdo conmigo. Pero se siente mal por haber insultado a uno de los pocos reductos de la actuación que todavía tengo al alcance.

Se lleva el vaso vacío a la boca y echa la cabeza hacia atrás para beber lo que queda del hielo derretido.

—Agua —pide sacudiendo el vaso en el aire hasta que el mesero asiente con la cabeza y se acerca con una jarra.

Vuelvo a apuñalar el salmón, que ya no está caliente. Espero que termine pronto de comer, porque no creo que vaya a soportar mucho rato más en su compañía. El único alivio que siento ahora mismo es saber que mañana a estas horas estaré en el extremo opuesto del país. Aunque para lograrlo deba cambiar el sol por la nieve.

—No hagas planes para mediados de enero —me dice cambiando de tema—. Necesito que vuelvas a Los Ángeles una semana.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en enero?

—Tu papá se va a casar.

Masajeándome la nuca, bajo la mirada hacia mi regazo.

—Mátame, camión.

Siento una punzada de culpabilidad porque, por mucho que desee que un camión me pase por encima ahora mismo, no pretendía decirlo en voz alta.

—Fallon, no puedes saber si te caerá bien o no hasta que no la conozcas.

—No necesito conocerla para saber que no me caerá bien. Al fin y cabo, va a casarse contigo.

Trato de suavizar la frase con una sonrisa sarcástica, pero estoy segura de que él sabe que lo digo muy en serio.

—Por si lo has olvidado, tu madre también eligió casarse conmigo y bien que te gusta.

«Ahí me ha arrinconado.»

—*Touchée*. Pero, en mi defensa, te recuerdo que es la quinta vez que le pides a una chica que se case contigo desde que tengo diez años.

—Pero solo he tenido tres esposas —especifica.

Finalmente hundo el tenedor en el salmón y le doy un bocado.

—Haces que se me quiten las ganas de relacionarme con hombres —le digo con la boca llena.

Él se echa a reír.

—Qué novedad. Que yo sepa solo has tenido una cita, y de eso han pasado más de dos años.

Estoy a punto de atragantarme con el salmón.

¿En serio? ¿Dónde estaba yo el día que asignaron padres decentes? ¿Por qué tuvo que tocarme el más idiota entre los imbéciles?

Me pregunto cuántas veces ha metido ya la pata durante la comida. Más le vale ir con cuidado o acabará por quedarse cojo. No tiene ni idea de qué día es hoy. Si lo supiera, no habría sido tan torpe.

Frunce el ceño y veo que está tratando de pensar alguna disculpa. Estoy segura de que no lo ha dicho con mala intención, pero eso no hace que se me quiten las ganas de vengarme.

Me retiro el pelo por detrás de la oreja, dejando las cicatrices bien a la vista mientras lo miro a los ojos.

—Verás, papá. El caso es que no recibo tanta atención masculina como antes. Ya sabes, antes de que pasara esto —insisto señalándome la cara, aunque me arrepiento al instante de mis palabras.

«¿Por qué siempre tengo que rebajarme a su nivel? Yo no soy así.»

Me mira la mejilla antes de bajar la vista hacia la mesa.

Parece francamente arrepentido, por lo que me planteo darle un poco de espacio y ser más amable con él, pero, antes de poder decirle algo, el tipo que está sentado detrás de mi padre se levanta, haciendo añicos mi capacidad de atención. Trato de volver a cubrirme la cara con el pelo antes de que se dé la vuelta, pero es demasiado tarde. Vuelve a contemplarme fijamente, y me dirige la misma sonrisa que hace un rato. Esta vez, le sostengo la mirada. De hecho, no aparto los ojos de él mientras se acerca a nuestra mesa. Sin darme tiempo a reaccionar, se sienta a mi lado en la banca.

«Pero ¿qué diablos hace?»

—Siento llegar tarde, cariño —me saluda mientras me pasa el brazo por los hombros.

«Acaba de llamarme “cariño”. Este desconocido acaba de abrazarme por los hombros y me ha llamado “cariño”.»

«¿Qué demonios está pasando aquí?»

Miro a mi padre pensando que tal vez son cómplices de una broma, pero él parece aún más sorprendido que yo.

Me tenso bajo el brazo del desconocido al notar que me apoya los labios contra la cabeza.

—El dichoso tráfico de Los Ángeles —murmura.

«El desconocido acaba de rozarme el pelo con los labios.»

Qué.

Demonios.

Está.

Pasando.

El tipo alarga la mano por encima de la mesa y se la ofrece a mi padre.

—Soy Ben —dice—. Benton James Kessler. El novio de su hija.

¿El... qué... de su hija?

Mi padre le devuelve el saludo estrechándole la mano. Estoy convencida de que tengo la boca abierta, por lo que me apresuro a cerrarla. No quiero que mi padre sepa que no tengo ni idea de quién es este tipo. Y tampoco quiero que el tal Benton piense que me he quedado boquiabierta porque valoro su atención. Si lo estoy mirando es solo porque..., bueno..., porque está claro que está como una cabra.

Suelta la mano de mi padre y se acomoda en el asiento. Me guiña el ojo y se inclina hacia mí, colocando la boca tan cerca de mi oreja que se está ganando un puñetazo.

—Sígueme la corriente —susurra.

Se echa hacia atrás sin dejar de sonreír.

«¿Quiere que le siga la corriente?»

¿Qué es esto? ¿Su tarea para la clase de improvisación?

Y entonces caigo.

Ha estado escuchando nuestra conversación. Y debe de habersele ocurrido esto de fingir ser mi novio para cerrarle la boca a mi padre.

«Ja. Creo que me gusta mi nuevo novio de mentira.»

Ahora que sé que quiere burlarse de mi padre, le dirijo una sonrisa cariñosa.

—Pensé que no ibas a llegar. —Me inclino hacia él mientras miro a mi padre.

—Ya sabes las ganas que tenía de conocer a tu padre, amor. Apenas lo ves. Por eso hoy tenía que llegar, sí o sí; ningún tráfico lo habría evitado.

Le dirijo a mi nuevo falso novio una sonrisa de satisfacción al oír la indirecta que le ha lanzado a mi padre.

El padre de Ben debe de ser tan imbécil como el mío, porque parece saber exactamente lo que tiene que decir.

—Ah, perdón. —Ben se dirige hacia mi padre—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

La mirada que le dirige mi padre cambia y se llena de desaprobación.

«Dios, ¡cómo me gusta esto!»

—Donovan O’Neil —responde mi padre—. Probablemente te sonará el nombre. Era el protagonista de...